

LA UNIDAD CATÓLICA,

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo: conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

DOS CORRIENTES OPUESTAS.

Estamos en pleno siglo diez y nueve, es decir, en plena crisis social, atravesamos días azarosos, circunstancias preñadas de graves acontecimientos; y la revolución al entre tanto avanza, siendo débiles todos los diques que se le oponen para contener su impetuosa corriente que empuja y arrastra las ideas, las instituciones y los hombres.

La revolución contemporánea tiene de peculiar y característico el ser ilimitada bajo todos sus aspectos, pues abarca todas las naciones civilizadas, y es á un tiempo mismo política y social, filosófica y religiosa. Ni podía ser de otra suerte, porque el desarrollo intelectual y material de nuestro siglo ha descubierto tan íntimas relaciones entre la religión, la filosofía, la política y la sociedad, y unido y estrechado de tal modo todos los pueblos de la tierra, que ninguna de las partes de este gran todo puede permanecer aislada. Apenas brota hoy una idea de un cerebro humano, y luego al punto es lanzada al viento de la publicidad, y se agranda, se dilata, llena todo el mundo, estableciendo una especie de corriente eléctrica que pone en contacto todas las cabezas, y sacude y agita todos los corazones: una ligera chispa ocasiona hoy una conflagración general. En otro tiempo un error filosófico ó religioso quedaba encerrado en ciertos límites, y aunque entrañase consecuencias funestas y trascenden-

tales, no siempre se las veía desenvueltas en toda su estension. No así en nuestros días: la religión, la filosofía, la política y las ciencias sociales, ó bien se dan las manos como hermanas y se prestan mutuamente sus luces y su apoyo, ó bien se dividen y luchan envueltas en espesa polvareda. Por esto es que los golpes descargados sobre el dogma religioso van á resonar directamente en el corazón de la sociedad, y las aberraciones de la filosofía y los extravíos políticos refluyen inmediatamente en la fe al par que en el modo de ser de los pueblos civilizados. Esto explica en nuestro entender por qué la revolución moderna es tan vasta y complicada, y por qué en su ancho seno se revuelven y rebullen cuestiones tan vastas y tan complejas.

En vista de esto casi nos atrevemos á asegurar, aunque parezca una paradoja, que caminamos hácia la unidad, porque algo significa ciertamente esta conexión tan íntima que la fuerza misma de las cosas ha creado entre la religión, la filosofía, la política y las cuestiones sociales. Estas ideas son hoy cual los anillos de una cadena: cojed uno uno de ellos, y los demás seguirán invariablemente por su órden. Decidnos cuál sea la escuela política á que estais afiliado, y os señalaremos en seguida sin temor de equivocarnos las ideas religiosas que profesais, y las doctrinas sociales á que rinde culto vuestro espíritu. ¿Quién sabe si esa trabazón lógica de las ideas, que hace hoy imposible toda coalición duradera entre el

error y la verdad, es el principio de nuestra regeneración social? ¿No columbrais al través de la humareda del combate los movimientos que se operan en las filas de los ejércitos beligerantes? no veis cómo van formándose dos grandes grupos cuyas banderas son Dios ó el ateísmo? Bueno es que los campos se vayan deslindando, bueno es que todos los que salen del seno de la Iglesia se dirijan directamente á ocupar un puesto en las filas del ateísmo; de esta suerte no hay transacción alguna posible, porque la lógica con el inflexible rigor de sus consecuencias os empuja hácia uno de los dos extremos: hácia el catolicismo ó hácia la negación absoluta; hácia el orden social ó hácia la completa anarquía.

Ó mucho nos engañamos, ó es indudable que la gran corriente de sucesos extraordinarios que se acumulan y precipitan rápidamente, nos lleva hácia la unidad. Todo parece revelarlo claramente. Las ciencias todas, ¡qué vuelo van tomando! La historia, la filosofía, las ciencias naturales ¡cómo ensanchan sus ya dilatados horizontes! Y es muy digno de notarse que cuanto mayores van siendo las relaciones que abarca este movimiento intelectual, tanto más se patentiza que las ciencias todas tienen un centro común, que es el dogma católico, al rededor del cual necesariamente gravitan. Así es que la razón después de las más profundas meditaciones sobre todos los ramos del saber, háse encontrado frente á frente de las verdades reveladas, á donde ha llegado por caminos los más opuestos, y que al parecer más distaban de aquel punto. Las ciencias naturales ¿no han tenido que pagar tributo á Moisés? ¿Puede la filosofía tratar ninguna cuestión trascendental que no esté íntimamente relacionada con el dogma católico? Puede la historia escribir una sola página en que no figure la Iglesia en primer término? Y hasta la política, añadiremos con Proudhon, puede dar un paso *sin tropezar con la teología*? El inmenso desarrollo que en nuestro siglo han alcanzado las ciencias, debía conducir naturalmente á semejante resultado. Hoy, al anunciar una idea, se deducen desde luego todas las consecuencias que

de la misma se derivan, sin que sea dado á la razón pararse en ninguna de las intermedias, porque la lógica la fuerza á llegar hasta las últimas. Hé aquí por qué decíamos que hoy todo tiende á la unidad. Nada importa que el error separe de ella á gran número de inteligencias, porque á pesar de todo el círculo del error se va estrechando y adquiriendo cierta unidad, la funesta unidad de la negación absoluta.

Y sino, ¿en qué ha consistido entre nosotros la libertad de cultos, por ejemplo? No ha consistido en otra cosa que en la negación de todo culto. A las grandes afirmaciones católicas se han opuesto las negaciones racionalistas; y como hoy nada hay aislado, la negación religiosa ha pasado desde luego á ser negación política y negación social. Se ha negado el poder haciéndolo derivar de la soberana voluntad de la nación, como de su primitiva fuente y exclusivo origen; se ha negado la propiedad proclamando el comunismo, que es la destrucción de todo lo existente, la eliminación de la personalidad humana absorbida por el estado.

El mismo sesgo ha tomado la revolución en todas partes; de suerte que en las sociedades modernas dominan dos grandes corrientes: una que lleva á Dios, otra que arrastra al ateísmo; una que encamina las inteligencias á la unidad de fe religiosa, otra que las impele hácia otro linaje de unidad, es decir, la unidad del error.

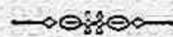
Así es que en medio de nuestra sociedad no se levantan otros combatientes que el catolicismo y el racionalismo que se disputan el terreno palmo á palmo. Reducido de esta suerte el número de adversarios, las posiciones se despejan, y no es tan difícil prever cuál de los dos haya de ceñir la codiciada corona del triunfo. No ignoramos que se ha dicho una y cien veces que el catolicismo es un cadáver; muy temible, empero, debe de ser este cadáver, cuando sus enemigos se ensañan contra él tan fieramente. Como quiera, el cadáver lucha todavía, y su adversario aunque parezca crecer en brío y en pujanza, realmente pierde terreno.

Efectivamente, el error como sistema nunca es menos temible que cuando avanza y se desenvuelve: al acercarse á sus últimas consecuencias, contad que se encuentra entonces á dos dedos de su ruina. Y esto es precisamente lo que le está pasando hoy al racionalismo. Sus principios han adquirido gran desarrollo, y la anarquía social con todo su repugnante cortejo de pasiones desenfrenadas se le ha presentado diciéndole: «Yo soy la consecuencia lógica de las premisas que tú asentaste. ¿No me reconoces por hija? No importa; yo me formé en tu seno, y me alimento todavía de tu sustancia: al paso que llevas, te reunirás en breve conmigo, de quien solo un corto trecho te separa.» El racionalismo no puede llevar mas adelante sus negaciones en teoría, y poco falta para que veamos ejecutadas sus últimas consecuencias prácticas. Pero el simple buen sentido basta para comprender que con ellas toda sociedad es imposible; de donde es inevitable que nazca mas ó menos tarde el descrédito y la ruina de aquel monstruoso sistema que hoy se presenta tan fiero é imponente. Ó el mundo se hunde y las sociedades perecen, ó la verdad tiene que recobrar su justo predominio entre nosotros.

Lo recobraré, estamos de ello íntimamente convencidos. La misma universalidad del mal y su carácter son para nosotros la mas sólida garantía de que caminamos hácia un porvenir rico de consuelos y de esperanzas. No libraremos las nuestras en el triunfo de las armas que esparcen la muerte y la desolacion, sin producir ningun bien positivo en la region de las ideas, en donde reside todo el mal; no las libramos en la inconsiderada represion, que exaspera, ni en los hombres, que son mudables y pasan, sino en la fuerza intrínseca de la verdad, que al fin algo ha de poder sobre la inteligencia humana aquella hija del cielo. Creemos que en los revueltos dias que atravesamos, el mal no puede ser eficazmente combatido sino con la abundancia del bien, y que á las luchas sangrientas que enconan las pasiones, debe sustituir la noble y pacífica lucha de las ideas. Lucha es esta, lo confesamos, sobremanera penosa y que mantiene el

espíritu en angustiosa tortura, porque el campo está erizado de espinas, porque los progresos son lentos, apenas perceptibles, y los frutos de la victoria tardíos; pero la naturaleza del enemigo, su posicion y su táctica no nos permiten emplear otros medios de defensa, ni acudir con otras armas al ataque. Quiéramos un triunfo rápido, completo y decisivo, pero esto es humanamente imposible. Cuando el mal está encarnado en las ideas, la curacion es obra de largos siglos, y no puede ser fruto sino del ardiente celo y perseverante abnegacion de los pacíficos defensores de la verdad. A nosotros nos toca sembrar sus semillas y regarlas con el sudor de nuestro trabajo; la Providencia está encargada de hacerlas fructificar á su debido tiempo.

JUAN MAURA PRO.



Á LA MEMORIA

DE

D. JOAQUIN ROCA Y CORNET.

(Conclusion.)

Publicados ya nueve tomos de interés y mérito progresivo, renunció Roca en 1841 á su preciosa y exclusiva obra para fundar en union con Balmes, á quien habia él dispensado fino aprecio antes que el mundo fama, y con el malogrado Ferrer y Subirana digno de entrambos, una revista quincenal titulada la *Civilizacion*, modelo de las de su clase no ya en España sino aun en el extranjero, y que sin embargo solo llegó á su tercer volumen acabando á principios de 1843. Con ella terminó, puede decirse, la vida periodística del autor de *la Religion*, por mas que nunca avaro de sus producciones favoreciese con ellas de vez en cuando las publicaciones de sus amigos, como lo hizo conmigo en *La Fe* y ultimamente en la *Unidad*. De los vastos trabajos hechos para llevar adelante su primitivo plan y de otros á que le empujaba de continuo su actividad infatigable, surgió en 1847 el libro que con el modesto título de *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época* comprende en dos tomos uno de los cuadros mas completos que posee nuestra patria (ay! sin apreciarlo y sin saberlo casi) de los estudios filosó-

ficos y sociales contemporáneos y del movimiento intelectual de Europa. En estilo tan galano y bello como brillante es su edición, publicó en 1850 las *Mujeres de la biblia*, y en 1857 la *Historia de los hechos y doctrina de N. Sr. Jesucristo*, obra llena á la vez de crítica y de unción, que juntamente con treientos artículos biográficos escribió para la *Biografía eclesiástica completa* aunque anda impresa por separado. Nombrado en 1843 por el ayuntamiento de Barcelona miembro de la comisión de instrucción primaria, frutos fueron de su solicitud de buen padre y buen ciudadano una *Historia de España* en verso, *El padre de familia*, *Cortésia para las niñas*, la *Biografía infantil de los grandes hombres* y *El día mas feliz de la vida ó primera comunión* tambien en verso. Pero la cuerda ascética era la que mas amenudo y con mas fuerza vibraba en su alma sinceramente piadosa: de ella brotó en 1846 el *Manual completo del cristiano*, devocionario del cual circulan por la América del Sur miles de ejemplares, aunque sin nombre por ser subrepticia la edición de Tolosa; de ella brotaron en 1856 en el *Monumento á la gloria de María* sesenta himnos en diferentes metros, uno para cada título de la letanía; de ella en el mismo año con motivo de la definición del dogma de la concepcion inmaculada de nuestra Señora los *Recuerdos históricos y afectuosos desahogos* que le tributó; de ella en 1865 el nuevo devocionario *Esperanza del cristiano*; de ella por fin en 1868 el *Manual de las madres católicas*, en que á vueltas de su piedad acredita el autor esquisito conocimiento del corazón, de la familia y de la sociedad, y sentimientos que solo se desarrollan y mantienen al dulce calor del hogar doméstico.

Pero ¿cómo reducir á catálogo los escritos de Roca y Cornet. Trabajos suyos hallaríamos en las *Vidas de los Santos*, artículos históricos, morales ó literarios en las *Glorias de la pintura*; apenas hubo en su tiempo publicacion importante en Barcelona en que él no tomara parte. En la colección de memorias de la Academia de Buenas Letras, á la cual pertenecia desde 1836, tropezaríamos con discursos como el que encarece la importancia de reunir y traducir lo mas escogido de la docta antigüedad, como el que tributa á Balmes uno de los mas elocuentes recuerdos, como el que nos hace conocer la ciencia de la olvidada Juliana Morell. Hojas y poesías sueltas, de asunto religioso en su mayor parte, á cada paso recuerdan la ocasion solemne ó el laudable objeto que las inspiró. Hábil traductor, vertió del italiano las discretísimas *Instrucciones* de Quadrupani y seis opúsculos de S. Alfonso Liguori; á saber, los *Acisos*

de la *Providencia*, la *Preparacion para la muerte*, la *Práctica del amor á Jesucristo*, la *Instrucción al pueblo*, los *Triunfos de los mártires* y la *Importancia de la oración*; del francés las *Observaciones* de Gerbet sobre la caída de La Mennais, el *Protestantismo y las heregias en relacion con el socialismo* de Augusto Nicolás, una obrita de Montesquieu, el primer tomo de los *Héroes del cristianismo* y diversos opúsculos devotos. Entre sus numerosos extractos y notas, pues leia siempre con la pluma en la mano, deben hallarse inéditos los manuscritos de una *Exposición social de la moral católica* y de una *Guía del traductor*, apuntes sobre el *Purgatorio teológica y filosóficamente considerado*, la traducción de varias tragedias de Alfieri, y copiosos estudios bibliográficos propios de su carrera de bibliotecario en que habia ingresado desde 1844.

De esta suerte, aunque su vida alcanzó casi los 69 años, pues habia nacido en 6 de febrero de 1804, escasa cabida tuvieron en ella el ocio y la holganza. Muestra de la precocidad de su talento era la tenaz memoria con que describia impresiones recibidas en su mas tierna infancia, las fiestas del beato Oriol en Barcelona por junio de 1806, la entrada de los franceses só color de aliados por febrero de 1808, el sangriento asalto de Tarragona en 28 junio de 1810, y la hospitalidad que halló con sus padres en Mallorca desde aquella fecha hasta mediados de 1813, recordando con placer nombres, calles, edificios, trages y costumbres de Palma, de la ciudad que siempre deseó volver á visitar como palestra de sus primeros estudios. Yo empecé á conocerle en la mitad precisamente de su existencia, hácia sus 35 años, primero por amistosísima correspondencia con que trocábamos tan desigualmente nuestras producciones, despues personalmente y por breves instantes en Barcelona en 1842: retenia aun la sencillez y hasta candor de alma de la edad primera, y anticipaba ya el aplomo y dulce sosiego de la ancianidad. En los azarosos dias de setiembre de 1843, cuando ardian en revolucion Barcelona y el principado entero, regresando yo de Madrid en busca de salida de aquel caos, le sorprendí retirado en su patrimonio de Cambrils: ¡con qué efusion nos abrazamos! en qué dulces pláticas se nos deslizó aquella deliciosa jornada! Oh! mi propósito se desvanece: puesto que ya no han de herir su modestia que los reservaba, al par que los acariciaba su corazón, vean la luz por vez primera los versos que me dictó entonces mi juvenil entusiasmo, y en que la reflexion despues de tantos años nada encuentra que rebajar.

Te ví, vi al cabo la mortal cubierta
Que encierra al alma noble que amo tanto;
He estrechado la diestra con encanto
Que alto anhelo en mi pecho despertó.

Y Dios quiso reunirnos, cual dos almas
Por vez primera unidas en el cielo,
Si revistieran de improviso el velo
Que ceniza en el túmulo quedó.

Cierto que adivinaba tu voz dulce,
El brillo de tus ojos, tu alta frente;
Que mi alma de la tuya nunca ausente
Formas no necesita para ver.

Mas deseaba saber cual tu voz suena,
Cual tu mirar esfuerza tus acentos,
Y en tu faz generosos pensamientos
Mejor que en mudas páginas leer.

Y ví tu faz, y el corazon la guarda
Aunque pasó fugaz cual entre sueños;
Oí tu voz, y sus ecos halagüeños
Cual música resuenan dentro en mí.

Y al recorrer los partos de tu mente
En cada hoja tu imagen errar veo;
De tu voz el sonido, mientras leo,
Anima la palabra escrita allí.

Y tras largo camino concederme
El cielo quiso tu segundo abrazo,
Y que cobraran en tan corto plazo
Luz la mente, vigor el corazon.

Tal mojando sus labios en la fuente
Arenales arrostra el peregrino:
De la vida en el áspero camino
Amistad y virtud dos fuentes son.

En tu hogar reanimé mi helado pecho,
Ví al hijo, esposo y padre, no ya al sabio,
Infantiles caricias oí del labio
De dó vierte la ciencia su raudal.

Y tu madre, tu esposa, tus hijuelos,
Y de dicha y de paz aquel ambiente,
Mejor que el eco de tu voz potente,
Hablaronme de Dios, de lo inmortal.

Entonces fué la admiracion afecto,
Y donde otros gran mente veneraban
Ví yo un gran corazon de dó manaban
Grandeza y sencillez, verdad y amor.

Bendito seas tú, que uno tras otro
Subyugando mi espíritu y mi pecho,
Tuyos con una mano los has hecho,
Con la otra los alzaste á su Hacedor.

Oíste de allende el mar la voz de un niño,
Y de *Mi Juventud* al leer la historia
Los brazos me tendiste; y no de gloria,
De amistad yo latiendo respondí.

Mis ojos emulando contemplaban
En la lid del Señor tu fuerza y celo;
Y comprendiendo tú mi mudo anhelo,
«Sígueme,» me dijiste, y te seguí.

Siempre te seguiré, campeón del cielo;
Yo seré en las batallas tu escudero,
Tu divisa no mas por mia quiero,
Tus armas y tu escudo llevaré.

Y cual están unidas nuestras almas,
Unidos vea el mundo nuestros nombres;
Y si algun sitio al mio dan los hombres,
Grábenlo quiero de tu estatua al pié.

¿No ves que Dios se vá y en pós la vida,
Que la nacion sin base se derrumba?
Entreábrese la tierra en ancha tumba,
Cubre el cielo mortaja funeral.

Y unos queman y asuelan, y otros rien
O aterrados é imbéciles se sientan,
Otros para apagarlo el fuego aumentan...
Del cielo buen campeón, despierta, sál.

Donde quiera á tu voz mi voz de guerra
Fuerte responderá, dó quier te sigo,
Dó quiera los latidos de un amigo
Misteriosos tu pecho sentirá.

Los cuerpos divididos, mas las almas,
Los corazones une eterno lazo:
Quizá de vez en cuando un dulce abrazo
Nuestra santa amistad confirmará.

Mas lloran los sentidos, y la vista
Flechada siempre aun al horizonte
Al ánima siguiendo en su remonte
Tu imagen quiere y se figura ver.

Y murmura la lengua adios postrero,
Cual si el aura traértelo debiera;
Y al volver de mi patria á la ribera,
Beso, ay de mí! la que te vió nacer.

Tarragona 19 setiembre de 1843.

Y este recíproco afecto, que en las cartas de mi buen amigo rebosa vivísimo aunque lleno de abnegacion y humildad, el tiempo lo mantuvo, el tiempo lo consolidó, sin resentirse de tantas respectivas vicisitudes, sin menguar con la sucesion y novedad de tantas relaciones, no imaginando él y no deseando para mí sino adelantos, triunfos, glorioso porvenir, y resignándose por su lado á lo que llamaba su oscuridad y vejez prematura. Nos veíamos en mis frecuentes viajes á mi paso por Barcelona, á intervalos de tres ó cuatro años los mas largos; pero si cada vez me felicitaba de encontrar igual lucidez en su mente é igual calor en su corazon, me iba desconsolado de ver en patente decadencia sus fuerzas corporales. En sus cartas no flaqueaba todavía mas que el pulso; el sentimiento y hasta la imaginacion conservaban aun toda su lozanía. Nuestra entrevista en junio de 1871 conocí que habia de ser la última; estremábase en finezas como si él tambien lo conociese; era la reanimacion de la lámpara que se estingue.

A fines de setiembre pasado desde su regreso de Cambrils su situación se agravó; las noticias, que cuidaba de hacerme transmitir, se hacían de cada vez más alarmantes; y el 10 de enero, recibido devotamente el santo viático y la unción, desde el lecho de muerte ordenó á su estimable hijo que me escribiese su tierna despedida, encomendándose á mis pobres oraciones y á las de nuestros comunes amigos. Aquel mismo día á las once de la noche espiró; cuando abrí la carta, ya no existía.

Ah! no es ya delicada reserva, es el dolor que me impide continuar. Describa sus últimos momentos el que de ellos fué testigo, el que publicó en la *Convicción* las líneas elocuentes por lo sencillas, con que concluyo: «A la cabecera de su lecho, cual vision beatífica, estaba una hermana de la Esperanza, un ángel de Alemania venido para consuelo de los cristianos de esta tierra. A un lado dos sacerdotes rogaban al Altísimo por el fiel que dentro de poco debía comparecer á su presencia. De vez en cuando uno de ellos pronunciaba á oídos del enfermo los versículos sagrados en que este prorumpió con unción y energía en tanto que el cuerpo obedeció al alma: *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum: In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Sus hijos arrodillados al pié de un crucifijo, pedían fervientemente por el alma de su padre. En el libro sagrado se lee: *por el fruto se conocerá el árbol*; el padre era un gran católico, y sus hijos eran dignos de él. En la estancia se oían sollozos, se oraba pero se lloraba: creo que las lágrimas son aceptas á Dios, cuando en medio del dolor se bendice su mano y se adora su Providencia. ¿Y qué pasaría en el corazón de la afligida esposa del moribundo en aquel terrible trance? Yo diría ¡pobre mujer! si no fuese una piadosa señora. La vida del enfermo desaparece por momentos, sus hijos murmuran las oraciones de la agonía..... en este mismo instante, sí, ahora, ahora espira su padre. Los sacerdotes rezan la plegaria que la Iglesia consagra á los muertos; sor Luisa cierra la boca del cadáver; y comienza en el cielo el juicio de Dios; que piadosamente pensando, acaba con el premio de la gloria para el adalid de la Religión.»

JOSÉ MARÍA QUADRADO.



CRÓNICA.

El día 8 del corriente recibió el padre santo á las diputaciones de las sociedades católicas de Roma que constituyen la *Federación Piana*. El presidente de esta, marqués de Cavalletti, leyó un elocuente mensaje protestando contra la supresión de las órdenes religiosas. El papa respondió de la siguiente manera.

«Pido á Dios que vuestros votos contribuyan á iluminar á los hombres que persiguen la Iglesia de diferentes maneras, ya suprimiendo las órdenes religiosas, ya llevando su sacrilega intervención á la dirección de los seminarios. Grandísimo consuelo es para mí este ahinco de los católicos por sostener los derechos de la verdad y de la justicia. Me parece revivir en los tiempos que conmemora la Iglesia el día de Todos los Santos, día en que se recuerda que las almas queridas del Señor llegaban de todas las tribus: *Ex tribu Zabulon duodecim millia, ex tribu Ruben duodecim millia signati*. Dios había predestinado á todos estos hombres á hacer parte del número de los elegidos; despues de estas tribus llegó una gran multitud: *Turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat ex omnibus gentibus et tribubus et populis*. Asimismo los principales entre estos elegidos moraban en la capital, del mismo modo que vosotros pertenecéis á la capital del catolicismo.

Demos gracias á Dios por el buen espíritu que os anima, y no abandonemos la lucha, aunque debemos esperar, humanamente hablando, un estado peor que el actual; pero no cesemos de poner nuestra confianza en la misericordia de Dios, y esperemos que esta situación peor que puede preverse no llegará hasta el punto de arrebatarnos este pequeño resto de tranquilidad indispensable al vicario de Jesucristo para gobernar la Iglesia universal. Esperándolo os doy mi bendición á vosotros, que teneis la dicha de poseer el buen espíritu de que he hablado. Bendigo vuestras familias que educáis en los principios de la religion y de la caridad, y bendigo esta ciudad de Roma, esta santa ciudad tan horriblemente manchada y deshonrada hoy por tantas inmoralidades y desórdenes.

Roguemos y esperemos. Se podrá decir que esta es siempre la misma frase. Semejante observacion se le hacia tambien á san Juan Evangelista, que vivió mas que yo, pues llegó á los noventa años. Como él repetía siempre «¡caridad! ¡caridad! amaos los unos á los otros,» se le dijo: «¿No sabéis decirnos otra cosa?» El entonces respondió: «Si teneis la caridad, teneis cuanto os hace falta.» Y san Jerónimo exclamaba en este pasage: «Sí, sí, san Juan dió con esto una cumplida respuesta.» Del mismo modo os digo, hijos míos: tened la caridad y la constancia en la oracion, y nada temáis, porque al fin Dios escuchará vuestras voces y hará justicia á vuestras súplicas. Entonces vereis caer sobre el mundo los dones de su misericordia, del mismo modo que hasta ahora no vemos sino sucederse los testimonios de su justicia.»

El día 9, entre otras muchas visitas, recibió el sumo pontífice las de las maestras pias y sus discípulas y de un gran número de familias extranjeras, á las que dirigió en francés las siguientes palabras:

«Sí, hijos míos, invoco sobre vosotros las bendiciones del cielo. Deseo que esta bendición os preserve de los peligros y emboscadas de un mundo perverso. Tenemos gran necesidad de implorar hoy la bendición divina, á fin de que haga nacer en medio de esta sociedad corrompida buenos ciudadanos, y sobre todo buenos cristianos. Con este objeto os doy mi bendición: ¡ojalá pueda acompañaros en el camino de la vida y conducirnos á la eternidad dichosa.»

El día 10 recibió su santidad en audiencia á 200 niñas educadas por las hermanas de san José *in Forum*, á quienes dirigió estas frases:

«Hijas mías, no olvideis lo que os digo: es muy importante empezar á vivir bien; del primer paso depende mu-

chas veces la suerte eterna del alma: cuando se ha empezado un camino se sigue en él hasta el fin de nuestro paso para este mundo. La experiencia nos demuestra diariamente lo nocivos que son para la juventud los malos ejemplos. Hablando á una comision, recordaba yo en dia anterior, y lo repito hoy á vosotras, que yo mismo he conocido un desgraciado, que habiendo sido pervertido desde su infancia por un padre revolucionario, caminó por esta via funesta hasta la muerte.

Bien diferente es la suerte que os está reservada, mis queridas niñas, porque sois educadas en los sentimientos de piedad, caridad y amor al trabajo, y teneis ante vuestros ojos hermosos ejemplos de todas esas virtudes.

Os recomiendo pues la oracion, la obediencia y el trabajo: sabed que el trabajo aleja los malos pensamientos; el tentador no se acerca á los que trabajan ú oran. Ahora yo os doy mi bendicion con todo mi corazon, á vosotras, mis queridas hijas, á vuestras familias y á estas buenas, caritativas y piadosas maestras que os consagran todos sus cuidados.»

El discurso que su santidad dirigió á una numerosa y brillante comision de los católicos alemanes el dia 11 dice así:

«No, con el espíritu que os anima, con el santo valor é indomable confianza en Dios que inspira el discurso que acabo de oír, no teneis que temer el ser vencidos por las fuerzas del demonio. El que ha llevado la palabra á nombre de todos, hijos míos, ha hablado con tanto vigor y ha atestiguado con tal firmeza su fe en el próximo triunfo de la Iglesia, que no podemos menos de abrir nuestro corazon á las mas dulces esperanzas.

Por eso mismo no dejaré de deciros algunas palabras que sirvan para vuestra instruccion y tambien para vuestro consuelo en medio de la lucha en que vivimos. Las sacaré del evangelio de hoy, y vereis que son á propósito para estas circunstancias. Veo aquí señoras, ellas comprenderán mejor que nadie el dolor que debió sufrir el corazon de la santísima Virgen, cuando se enterneció de haber perdido su mas caro tesoro, al niño Jesus.

En efecto, se le habia perdido en el camino: san José le creía con la santa Virgen, la santa Virgen creía que caminaba al lado de José. El hecho es que Jesus no estaba con ellos. Era preciso volver sobre sus pasos para buscarle. Se le encontró en medio de los doctores, interrogando y respondiendo á los que se sentaban en la Sinagoga, y diciendo cosas tan sabias que admiraban á todo el mundo. ¿Por qué esta admiracion general? Porque todos aquellos doctores le desconocian: si le hubieran conocido, si hubieran recordado que los reves al anuncio de su nacimiento se habian acercado á Herodes y le habian dicho «¿dónde vive el rey de Judá, el rey de Israel?» sencilla pregunta que puso en tal ansiedad á Herodes que comenzó á temblar y con él toda la ciudad de Jerusalem, si hubieran sabido esto que el adolescente tan sabio era Jesucristo, es muy probable que le hubieran arrojado de la Sinagoga, como lo hicieron con el ciego que queria discutir y enseñar tambien; porque el orgullo y el amor propio se escondia bajo la falsa humildad de los fariseos... y de estos fariseos hay todavía un gran número.

Si, hay aun gran número. Prosigamos nuestra narracion: ved lo que sucedió cuando llegaron los tiempos en que debia cumplirse la redencion del mundo por la pasion de Jesucristo: se apresura al Salvador y se le lleva por las calles de Jerusalem. Miradle delante del pontífice; es interrogado, y responde palabras de paz, llenas de respeto, dignas en fin del hijo de Dios. A la sola voz de Jesucristo, un verdugo que estaba presente se llenó de rabia y abofeteó con sacrilega mano aquel rostro, aquel rostro que los ángeles contemplan con un sentimiento inefable de dicha. Con acento dulce y firme Jesus dijo al verdugo: «Si he hablado mal, presenta testimonio contra mí; si he hablado bien, ¿por qué me hieres?»

Mis queridos hijos, el que os ha hablado hasta aquí es el vicario de Jesucristo, indigno cuanto se quiera, y ciertamente incapaz de representar algun tanto la grandeza con que Dios se ha servido cargar sus débiles hombros; pero

sin embargo tengo el derecho, y creo usar de él, de servirme de las palabras de mi obispo, del obispo de mi alma, *Episcopus animarum nostrarum*; tengo el derecho de decir á todos los poderosos del mundo, que afectan no oír mis palabras: *Si male locutus sum, testimonio perhibe de malo; si autem bene, cur me cædis?* Si yo no he dicho la verdad, ¡oh, vosotros los gobernantes de los naciones! si yo no he hablado mas que de lo que todo el mundo ve, *cur me cædis?* ¿Por qué suprimis las órdenes religiosas? ¿Por qué atacais los derechos sagrados de la Iglesia? ¿Por qué la arrebatáis sus bienes? ¿Por qué deseais lo que no os pertenece? Pero si son incapaces de llevar su testimonio contra la verdad evidente, se dedican á proseguir sus supresiones, sus usurpaciones, y continuar así la indigna persecucion contra la Iglesia.

Jesucristo quiere que se respete á los soberanos y á los gobiernos. Sí, lo quiere, pero ¿por qué? ¿Por qué les ha dado la espada y el poder de dirigir los ejércitos? para que ellos protejan á sus súbditos y defiendan la religion, única cosa que puede hacer felices á los pueblos. Dejemos esto, que no necesita de mayor esplicacion.

No se contentan con esto esos gobiernos, no quieren solo destruir lo que pertenece á la Iglesia, sino tambien lo tocante á la moral: pretenden apoderarse de la enseñanza y de las almas de la joven generacion, quieren que la juventud esté instruida y educada á su gusto. Pero yo recuerdo una verdad incontestable cuando digo: el mismo Jesucristo, que ha impuesto á los pueblos el respeto á sus gobernantes á quienes ha dado el poder, ha dado esta orden á la Iglesia, á sus ministros: *Ite, docete omnes gentes*. Estas palabras no las dirige á los reyes ni emperadores, sino á la Iglesia. A ella ha dado la mision de instruir á todos los pueblos: son sus ministros los que deben recorrer todos los ámbitos de la tierra, *docentes* enseñando, *baptizantes* administrando los sacramentos. Yo lo repito: la instruccion es el privilegio de la Iglesia.

No quiero hablaros de esto con mas estension; mas no os dejaré sin daros la bendicion apostólica, hijos míos. Os coloco bajo el amparo de María inmaculada, de san Bonifacio y de vuestros ángeles custodios: que ellos os sostengan en la lucha: que os den la fuerza y constancia necesarias, ya á vosotros, ya á vuestros hermanos que se unen á vosotros en espíritu, para conservar en vuestros corazones el depósito sagrado de la fe. Sí, queridos hijos, este es mi deseo; Dios os dará á todos la gracia necesaria.»

Acto continuo bendijo su santidad á los asistentes en sus personas, familias y bienes.

He aquí, segun un periódico autorizado, la contestacion dada por el papa á M. de Courcelles, que le preguntaba si debia aceptar ó no la embajada francesa, en atencion á los intereses de la santa sede:

«Me asombra vuestra pregunta, dijo, y no sé qué responder á ella. Solo diré que un embajador de Francia cerca de la santa sede no tiene que considerar sino los verdaderos intereses de Francia, y añado que los verdaderos intereses de Francia no son y no pueden estar jamás en oposicion con los de la santa sede.»

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

ARMONÍAS DE LAS CLASES SOCIALES.

Efecto inevitable de causas permanentes, y no de causas accidentales y transitorias, es la desigualdad social, puesto que así en las personas como en las cosas la igualdad es una pura abstraccion, una idea, una manera de considerarlas, y no un hecho real y positivo que en ellas tenga existencia. De estas premisas se desprende la nece-

sidad del órden gerárquico, que no es mas que la graduacion de las clases sociales, ó sea la cadena misteriosa que une á todos los hombres desde las posiciones mas ínfimas hasta las mas encumbradas. Esplanado ese tema en conferencias anteriores, el Sr. Massanet y Ochando recordó que en ellas habia indicado ya los desastrosos efectos de la codicia y de la envidia, simiente fatal de los celos, de las antipatías, de la guerra latente, de las sacudidas y perturbaciones que interrumpen ó destruyen la armonía que debiera reinar entre las clases sociales. La codicia es mas franca, se presenta mas al alcance de la inteligencia comun, acecha la ocasion y persigue tenazmente á su objeto; la envidia es admirablemente cautelosa, anda entre tinieblas y se deja caer sobre su presa sin que esta pueda atinar á veces cuál es la mano que la aprisiona y acaso la destruye. La envidia en muchas ocasiones obra de tan ruin manera, que no se pueden explicar sus hechos sino por lo intenso de su maldad, por la nefanda fruicion del daño por ser daño, mientras que la codicia al menos trata de explotar en provecho propio el daño ajeno. Cada una de las clases sociales tiene dos aspectos, el que mira hácia abajo y el que mira hácia arriba: por este lado no ve mas que enemigos, se queja de sus desdenes, de su dureza, de su injusticia, y movida por la envidia no puede sufrir que alcancen mayor parte de los dones con que la naturaleza brinda á la humanidad; pero ¿acaso no se le pueden ser imputadas las mismas faltas, ó deja de inspirar los mismos sentimientos á las clases que le son respectivamente inferiores? Esto prueba que es falsa, completamente falsa la imputacion de que solo determinadas clases quieran avasallar á las demas, quieran estenuarlas á fuerza de absorber sus productos. Deber es pues de todas al dolerse de los males que las aquejan, al experimentar sus privaciones y contratiempos, al ver burlados sus deseos, contemplarse á sí mismas y mirar á la vez las dolorosas condiciones inherentes á la humanidad. En este trabajo de observacion y de reconocimiento hallarán medios de consuelo y de perfeccion, evocarán el oráculo de su conciencia, que las acusará de injusticia, porque quisieran imponer á las superiores, reglas y miramientos que ellas no adoptan ni guardan para con sus inferiores. Esta observacion las hará precavidas, les dará sentido práctico, que es el gran don que hay que poseer, no soñarán despiertas, no se ilusionarán febrilmente gastando sus fuerzas en empeorar su condicion, y verán lo que hay de real y de ficticio, lo que es asequible y lo que es quimérico, lo que es útil y lo que es dañoso, y despues de este concienzudo análisis tendrán mas derecho de exigir para sí el respeto y las consideraciones que otorguen á todas las demas, estableciendo con ellas una constante armonía: que no es con el estrépito de una guerra sin tregua cómo han de mejorarse y perfeccionarse las clases sociales. El desenfreno de los apetitos, la exageracion de las verdaderas necesidades, la razon enloquecida por la manía de acumular goces materiales, son las que

producen estas grandes agitaciones que atormentan á las sociedades pretendiendo regenerarlas. Dejando aparte las naciones en que no ha despuntado la aurora de la civilizacion cristiana, en todas las demas y especialmente en las católicas, las clases sociales tienen toda la soltura necesaria para su espontáneo desenvolvimiento: no hay trabas artificiales ni intencionadas que lo impidan, cada una tiene abiertos ante sí los horizontes de su porvenir al cual pueden libremente caminar por las anchas vías del trabajo, de la sobriedad y del merecimiento. Si el afanado viajero no cuenta con fuerzas bastantes para llegar al punto deseado, si la suerte desfavorable le crea obstáculos naturales que no puede allanar, si flaquea su espíritu y se desalienta á corto trecho andado, si el vicio le ha embriagado y espuesto á todas las inclemencias de su expedicion, si pródigo ha consumido en un dia el fruto de largas tareas, si emprendió la marcha cargado con un peso superior á sus fuerzas, y luego cae exánime y desfallecido, ¿á quién puede culpar sino á sí mismo ó al destino que la naturaleza le ha señalado en el camino de la humanidad? Dueño el hombre de su trabajo y del fruto que este le proporciona por medio de leyes que le protegen, esta propiedad le abre el camino para ascender de la clase en que ha nacido hasta otras mas elevadas en la escala social. Si en su carrera no corre tan velozmente como se proponia, si sus fuerzas físicas ó intelectuales no son tantas como eran menester para realizar sus propósitos, si se adormece en la indolencia, ó es demasiado estenso el espacio que quisiera franquear de un salto, no tiene que agriarse contra las clases superiores porque superiores le sean, porque estas en nada han contribuido á su mal éxito y porque introducirse en ellas pretendia, considerando esto como un fin laudable y preciado. —El orador recorre algunos paises en particular y se detiene especialmente en la Bélgica, haciendo observar que en este pais, á pesar de su clima frio y del temperamento y de la general ilustracion de sus habitantes, y de las leyes que tanto favorecen y tienden á la igualdad social es donde han tomado un carácter mas grave las cuestiones sociales. Y ¿sabeis por qué? pregunta. Porque el hombre no queda satisfecho sino cuando el deber impera solamente en su espíritu, cuando el sentimiento de este mismo deber impone un límite á sus deseos, cuando las ideas morales son las únicas que cunden y se arraigan en el cuerpo social, cuando disfruta, perdónesenos la paradoja si tal puede llamarse, consumando el sacrificio de sus pasiones y se complace únicamente en los bienes que una recta conducta le proporciona.

En la de esta noche el presbítero D. Miguel Maura disertará sobre el tema: *Las virtudes cristianas justificadas delante del mundo*, y despues se representará la produccion dramática titulada *Dios es el rey de reyes*.